

## EN LA AUSENCIA DE RAMIRO FLÓREZ

Por MANUEL MARTÍN SÁNCHEZ  
Fundación Universitaria Española

(Con cariñoso recuerdo de  
María Ariza y José M<sup>a</sup> Álvarez)

**C**onfieso que cuando me pidieron un artículo para este tomo de homenaje en memoria de Ramiro Flórez, lo primero que se me ocurrió fue escribir un artículo sobre las formas rimadas del español, algo erudito y académico, acorde con el tono de las colaboraciones de quienes, con más preparación que yo, iban a participar. Pero el caso es que los días iban pasando, yo no escribía el artículo y la persona encargada de recopilarlos me acuciaba cada vez con mayor urgencia a que lo entregara, recibiendo vagas excusas por mi parte junto a la reiterada promesa de que pronto se lo haría llegar.

Al principio achaqué mi tardanza al malestar que me causaba el tener que ponerme a escribir algo sobre Ramiro Flórez, como si el hacerlo significara la ratificación escrita de su muerte, algo que casi un año después de acaecida, aún me negaba a aceptar afectivamente, a pesar de que hacía meses que la dolorosa realidad de su definitiva ausencia me había obligado a aceptarla racionalmente.

Pero los seres humanos somos tan peculiares que aún así me negaba tercamente a asumir que ya no volvería a escuchar nuevamente su amable voz enronquecida por el tabaco y tamizada por la cortesía, dándome buenos consejos o maravillándome con sus reflexiones, que siempre iban un

punto más allá de lo previsible, adobadas siempre por una lógica tan aplastante que muchas veces me impelía a preguntarle sobre los temas más peregrinos, tan sólo por el placer de poder gozar escuchando su respuesta. Porque para mí, Ramiro Flórez, además de mi amigo, era algo así como mi sabio particular, un sabio amable y paternal que siempre estaba dispuesto a echar un rato conmigo, aunque eso le distrajera de su trabajo. Y yo, confieso que me aprovechaba, incluso más allá de lo prudente. Pero bajar a su despacho a hablar con él era un placer demasiado tentador como para no sucumbir, bajo la cobertura de cualquier excusa.

Pensando en eso fue cuando me di cuenta del motivo de mi renuencia a enviar un artículo aséptico y erudito para su homenaje. Se debía simplemente a que mi relación con él no había sido nunca fría y académica, sino profundamente humana y personal, de amistad recíproca, afianzada de manera entrañable a través de todos y cada uno de los años durante los que tuve ocasión de gozar de su trato. Por eso decidí que en lugar de escribir un artículo técnico, lo que debía hacer era hablar de la relación personal que mantuve a través del tiempo con mi amigo Ramiro Flórez, con el que tantas cosas compartí, a pesar de la diferencia de edad y de la inmensidad de su cultura y debo confesar que esa decisión me liberó, haciendo que me pusiera a escribir sin más dilación estas líneas que tenéis delante.

Pero antes de proseguir sería injusto no añadir que además de su sabiduría, Ramiro me regaló siempre con el tesoro inestimable de su amistad, una amistad que a veces adoptaba la forma de cariñosa regañina si estaba en desacuerdo con algo que yo hubiera hecho o dicho, circunstancia que aprovechaba para comentármelo, siempre de manera tan cariñosa y razonada que a veces llegaba a desear darle algún motivo para poder tener ocasión de escucharle y así poder replantearme mis actos bajo el prisma de su enorme humanidad y del afecto paternal que me dispensaba.

Porque Ramiro fue siempre conmigo un amigo leal. Siempre amigo y siempre leal. Alguien que me estimaba de verdad y que aunque en privado me hiciera reflexiones sobre mis actos, ante los demás, fueran quienes fueran, siempre me defendió con la firme bondad de su corazón puro e insobornable. Y eso se lo agradecí siempre y se lo agradezco ahora nuevamente, aunque ya no pueda leer este artículo nacido de su ausencia y tampoco haga ya maldita la falta, porque él supo siempre también del afecto filial que yo le profesaba y de mi absoluta admiración ante su ex-

traordinaria humanidad, que le desbordaba a pesar de su manera de afrontar la vida con esa elegante discreción que le hacía relacionarse siempre como si temiera molestar, sin levantar nunca la voz, como pidiendo perdón por ser tan sabio y bueno.

Y esto que digo aquí, los que le conocisteis y me conocéis, sabéis que no esta escrito al dictado del panegírico al uso, sino que es cierto, y que en mi caso me sale del corazón, porque Ramiro Flórez era, además de un sabio, fundamentalmente un hombre bueno, que además tuvo la suerte de compartir su vida con Amparo, un alma extraordinaria con la que siempre estuvo tan entrañablemente unido que enternecía a los que tuvimos la fortuna de convivir con ambos.

Hay un dicho que afirma que todos somos necesarios, pero nadie es imprescindible, algo que si bien es cierto en lo general, los logros de un deportista singular o un sabio eximio son siempre superados más tarde o más temprano por los de otro, sin embargo es totalmente incierto en el terreno personal, porque allí, donde el ser humano habita junto a los demás, es donde cada uno de nosotros adquirimos nuestra auténtica dimensión con respecto a los otros, y es en ellos, en los que quedamos tras su muerte, donde la ausencia es irremplazable y la persona que se ha ido insustituible. Un sabio puede reemplazar e incluso superar a otro, pero un padre, un marido o un amigo, son figuras irremplazables para quienes convivieron con ellos sintiéndose partícipes de su afecto y destinatarios de su amor o su amistad. Por eso precisamente en ese terreno de lo personal, de lo íntimo y cercano, donde el negro agujero de la ausencia se hace insoportable y tan solo el recuerdo de los días felices pasados junto al ausente puede paliar un poco la sensación de orfandad que su muerte nos deja. Ese es mi caso con la ausencia de Ramiro Flórez, como sé que lo es también el de tantos como somos los que le quisimos, subyugados por lo buena persona que era, más allá de su sabiduría y de su trato siempre exquisitamente amable, como correspondía a su modo de ser de caballero a la antigua usanza.

Pero no me quiero extender, porque para mí hablar de Ramiro Flórez es una historia interminable llena de anécdotas, como el día que se asomó inesperadamente a mi despacho y sin darme tiempo casi a saludarle, dejó sobre mi mesa un pequeño pergamino pegado sobre una tabla, en el que en letras góticas se leía: “Lo mejor de la vida son las ilusiones”, después,

y antes de que pudiera recuperarme de la sorpresa, añadido sonriente a modo de explicación y despedida:

-No lo olvides, porque el día que no tengas ilusiones, estarás muerto, aunque sigas vivo.

Y desde entonces ese lema preside mi despacho y yo lo veo cada vez que entro allí, y me acuerdo de mi amigo, y echo en falta sus consejos, y lamento su ausencia, e incluso aún hoy, después de casi un año de su muerte, a veces me sorprende con el teléfono en la mano intentando llamar a su despacho para bajar a verle y comentar con él la vida y preguntarle y aprender.

Pero entonces me doy cuenta de que mi amigo ya no está y no me queda más opción que colgar el teléfono, lamentar lo injusta que es la vida y tratar de encontrar en mi memoria, los amistosos consejos y los certeros comentarios que él me hubiera hecho con su ronca voz de fumador y su sempiterna sonrisa de hombre bueno.